

LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELEGRAFO,"

DELECTACION

El mar, lleno de urgencias masculinas,
gemía en derredor de tu cintura;
y, como un brazo colosal, la oscura
ribera te amparaba: en tus retinas

y en tus cabellos, y en tu astral blanca,
rioló con decadencias opalinas
esa luz de las tardes mortecinas
que en el agua pacífica perdura.

Palpitando a los ritmos de tu seno,
hinchóse en una ola el mar sereno
para hundirte en sus vértigos felinos.

Su voz te dijo una caricia vaga,
y al penetrar entre tus muslos finos,
la onda se aguzó como una цага.

Leopoldo LUGONES.

Las grandes figuras literarias

La noticia de la muerte de este escritor, verdaderamente insigne, ha producido impresión dolorosísima, no ya entre sus amigos, sino entre sus numerosos lectores. En Londres, donde vivía como desterrado por su voluntad, sin que ningún antecedente hiciera esperar la desgracia por manera súbita, ha dejado de existir poco tiempo después de haber sufrido el dolor inmenso de la muerte de su esposa, a la que él amaba entrañablemente. Apenas repuesto de ese duelo, obligado por la áspera vida, que pide, a los que colaboramos en los periódicos, un artículo diario, tomó Bonafoux nuevamente su pluma, y, reanudando sus notabilísimas cartas, comenzó diciendo, poco más o menos: "Desde mis anteriores páginas nada ha ocurrido de nuevo ni en la política ni en la guerra, porque lo que ha ocurrido en mi corazón y en mi casa, eso no le interesa al público". En ese párrafo se adivinaban lágrimas, las más tristes de cuantas pueden lanzar pupilas humanas: las del hombre frío que cultiva la sátira y se burla de todo lo que le rodea.

Ese luchador generoso e íntegro, que nunca quiso participar de los bienes que le hubiera reportado el miedo de aquellos a quienes combatía, padeció, en los últimos años, terribles angustias. El era un espíritu destructor de la organización social. Creía injusta, criminal y abusiva. Odiaba a los políticos que truecan sus opiniones por las ventajas del mando. Y le inspiraban repugnancia la venalidad de las plumas vendibles, la ambición de los aspirantes al mando, la ridiculez de los malos escritores infatuados y todas las lacras de la vida social. Sufrió persecuciones, enojos y daños.

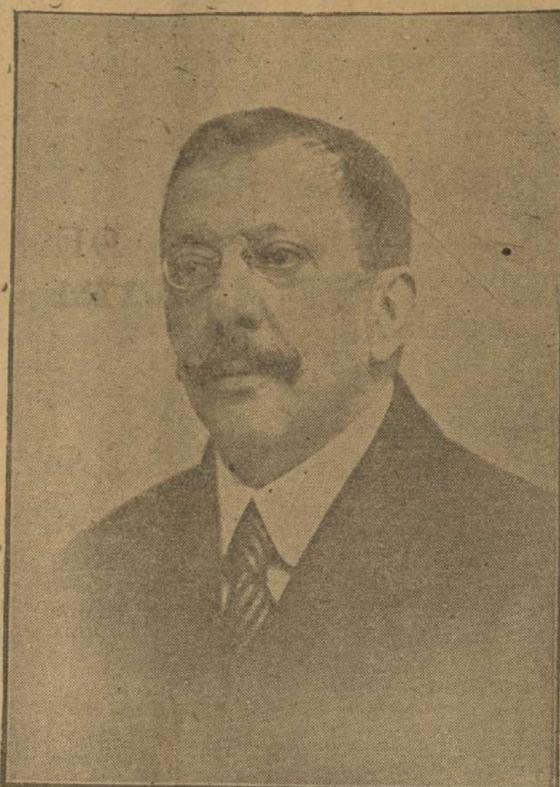
No por eso cambió de conducta. Respetuoso para la propia idea, se sentía incapaz de abandonarla, y le dedicaba constantes sacrificios. De origen americano, pero nacido en un pueblo cercano a Burdeos, recibió una educación inicial francesa. Y aunque luego residió en Puerto Rico, donde se hizo bachiller en artes, palpitaron siempre en sus párrafos la gracia ligera del estilo francés, la ironía volterriana, el gracejo de los ironistas parisenses y su arte de decir pronto y de decir bien.

Desde la edad primera cultivó las letras. Escribió, siendo niño, en un periódico salmatino, titulado *El Eco del Torneo*, mientras estudiaba la carrera de Derecho en aquella Universidad, después de haberla empezado en la de Madrid. En esos ensayos aparecía ya la burla donosa, injusta a veces, sangrienta de continuo, sin respetar alguno a lo consagrado y establecido. El fiero aguijudo daba terribles picitazos antes de haber saltado del nido.

Después fué colaborador de varios periódicos matritenses, uno de ellos *El Solfeo*, aquel interesante semanario que fundó Sánchez Pérez, y en el que aparecieron y se destacaron Clarín, Becerro de Bengoa, Eusebio Sierra y otros. De este semanario quisiera yo hablar si la falta de espacio no me lo impidiese, porque fue en el tiempo una fórmula de cultura que trajo no pocas enseñanzas a la Prensa diaria, ferozmente abusaba un literato que interviniese con periodicidad en los debates espirituales: Isidoro Fernández Florez.

El Solfeo era una hoja plegueñita, sin alardes tipográficos ni editoriales, en la que unos cuantos ingenios diestros ofrecían el donaire de sus invenciones frente a la vulgaridad que imperaba. Por haber comenzado sus campañas Leopoldo Alas en *El Solfeo*, donde todos los rrida en esos días, en los que sólo colaboradores firmaban con un seudónimo atañador a la música, adoptó el glorioso alias de Clarín, que tanto hubo de influir luego en las corrientes del pensamiento hispano.

En ese semanario, Bonafoux dijo la nota de la vehemencia. Acaso exageraba el rigor de las palabras, pero



LUIS BONAFUOX

siempre, aún en las horas de mayor violencia, fue preciso reconocerle el desinterés. El censuraba lo que creía malo, bien que no en todos los casos lo fuera. En otros periódicos trabajó: *La Unión y El Mundo Moderno*, *El Globo* y *El Resumen*. Más tarde, fue corresponsal en París de *El Liberal*, y entonces fundó allí una revista titulada *La Campaña*, en la que todas las andanzas de la crítica hallaron acomodo.

En los días de la guerra colonial fue Bonafoux francamente separatista, aunque no regateaba sus acritudes para los agentes mambises de Cuba. Había sido expulsado de Puerto Rico por una crónica asaz envenenada, y ese fue el rasgo característico de este escritor, que no halló nunca, ni en los países más libres, o que de ser los más libres blasonan, espacio y amparo para sus independientes dictámenes.

Usó para algunos de sus trabajos los seudónimos de Luis de Madrid y Aramis. Este último le fue principalmente grato, porque el héroe de Dumas, con sus atrevimientos y sus gracias, enamoraba al ingenio americano, que sentía en su voluntad las ansias de libertad de aquellas tierras que fueron nuestras colonias, y el vigor satírico de los burladores primarios de nuestra literatura. Por misterioso enlace de los entendimientos, que se funden a través de los siglos, y continuaron los últimos la labor que iniciaron los primeros, veo yo en las páginas de Luis Bonafoux el dejo y el safoete del Arcipreste de Hita y aún del rabí Don San-Tob. Ese desprecio de los triunfos momentáneos, de las glorias inmerecidas, que vibra en las toscas páginas de aquellos maestros, se advierte en las del periodista malogrado, ante cuya tumba nos descubrimos.

Más de veinte volúmenes ha dado a la estampa Bonafoux, algunos novelescos y narrativos, la mayor parte de crítica y polémica. El combatió a Clarín, y la lucha de aquellos dos ingenios fue seguida atentamente por el público, en los tiempos pasados, en que esas cosas interesaban.

Llegó una nueva época, una nueva manera en el estilo y procedimientos de Bonafoux. Siendo corresponsal del *Heraldo* de Madrid en Pa-

ris, realizó un empeño verdaderamente notable. Canalejas le admiraba, dedicándole las más elevadas atenciones. Quiso traerle a Madrid, emparejarle con los trabajos de ese gran periódico, que entonces él inspiraba. Bonafoux no aceptó la propuesta. El quería vivir en París, en el ambiente magnífico de Francia, y no hubiera cambiado su situación de libre colaborador por ninguna otra, bien que le fuera más propicia.

El tiempo había enseñado mucho a Bonafoux, sin rendirle en sus doctrinas. De día en día ganaba la forma concisa, lapidaria de sus párrafos. Si hubiera habido en Madrid una empresa periodística conocedora de sus intereses, hubiera ella buscado el modo de que diariamente llegaran al lector las inspiraciones lindamente satíricas del ingenio que ha desaparecido. Desde hace pocos meses unía Bonafoux a sus múltiples colaboraciones la del gran periódico de la Habana, el *Diario de la Marina*. Pocas horas hace que leía yo en un número de esa publicación un artículo del maestro, y allí había tanta doctrina, en medio de las burlas, que hubiera ello bastado a una reputación inmortal.

Cuando empezó la guerra, Bonafoux, tan amante de Francia, tan entusiasta de los franceses, se permitió ironías que ofendieron al chauvinismo de los burócratas del Ministerio del Interior. Se le indicó que debía marcharse, y se le puso un plazo perentorio. Lloró el escritor al verse expulsado del país de sus amores. Metió en cajones sus libros y marchó a Londres. Allí ha muerto.

Aparte de la estimación que se haga de su obra literaria, quedará el nombre de Bonafoux como el de un espíritu independiente, que no se aviene a las imposiciones de la realidad triunfante, y que acepta sereno los más dolorosos sacrificios, a trueque de que nadie haya profanado el recinto de sus convicciones.

Por eso, más que por nada, será memorable este literato. Como a Romain Rolland, el insigne autor de *Jean Cristóbal*, le perturbaron los odios y le obligaron a cambiar de residencia.

Vida dolorosa. Hombre sin patria. Viajero continuo, sin horas de descanso... ¡Pobre Bonafoux! Su larga risa ha concluido en tragedia.

J. ORTEGA MUNILLA

GRAN GUIÑOL

En vano es que te empeñes en sostener la farsa
de este idilio romántico que ya toca a su fin;
Tú eres la Colombiana rota de la comparsa
y yo no quiero en ella ser Pierrot ni Arlequín.....!

Inútil que te afanes en tu labor de calco
por trocarte en hermética, complicada y sutil;
resultan tan auténticas tus mejillas de talco,
tus doradas guedejas y tu griego perfil.....!

Y pensar con todo esto que yo te quise un día
ingenunamente, acaso.....! Con toda la poesía
de aquellas historietas burdas de folletín;

para llegar a este final extravagante,
en que un Pierrot grotesco te guiña alucinante,
colgado del más alto árbol de tu jardín.

J. A. Falconi-Villagómez

A LOS POETAS

DE MI PATRIA

Por muchos soles, por mucha sucesión
de lunas, han resonado nuestras voces
en la sacra silla de Apolo, Nuestro Señor;
el discorde concierto de las liras, de las arpas,
de las trompetas, de las gualas ha volado,
como bandada armónica de pájaros líricos,
bajo nuestro divino cielo de impar belleza,
a las cuatro direcciones del infinito.
Mas, casi siempre, advirtiéndose
en nuestro canto el eco velado de
lejanas voces maestras y extrañas
sugestiones guiaron los dedos que tan
sabiamente despertaban esas amables
místicas sometidas a pantas agenas.

¿Os acordáis? Eran las fastuosas fiestas
de Versalles, las soirées de las palatinas
elegancias, el Grand Trianon, bazar
de las aristocracias extintas, las sonrisas
de las marquesas Pompadours, los minuetts
y las gavotas ritmadas a un aire cortesano
de Scarlatti o Cooperin, los cabellos
empolvados que copiabán las cornucopias
de oro, las silnetas casi aéreas
de exquisitas languideces que Watteau,
Fragonard o Creuze aprisionaron,
con toda su vaporosa gracia, en
telas admirables.

¿Os acordáis? Era el Oriente de las
ensoiaciones: las reinas impudicas,
tembrosas de febriles deseos bajo las
túnicas consteladas de pedrería, los
cuerpos reales maderados en perfumes,
las balancantes caravanas, los Tetrarcas
nutridos de cruces voluptuosidades,
la humareda aromática de los pebeteros,
las rizadas barbas de los tiarados príncipes
de Assur y Ní-nive, de los radjás de las mil
y una noches Indias, de los magnates
de los fabulosos califatos. Y los remotos
países del sol naciente: las niñas pálidas
de ojos oblicuos y pies increíbles,
los cornigeros cascos de los samurais,
las visiones de On-ta-ma-ro, las sugerentes
figuras de O-ku-say, el cerezo florido
en los parques minúsculos, rodeando las
pagodas parecidas a tazas de porcelana
en el misterio de la tierra legendaria
que oyó a Confucio las predicas vespertinas;
las ondulosas espirales del humo de la
buena droga que da la paz, la serenidad
espiritual, la sabiduría.

Todo el Mito: el cortejo interminable
del Ayer legendario; la teoría, ingenua
o espantable, trágica o sonriente, de la
Fábula. Y fuimos, como niños deslumbrados,
recoyendo en nuestras pupilas candidas
de hombres sin pasado las visiones del
museo de las gracias difuntas, de los
poderes dormidos en seculares sueños.

Y donde el Tiempo dijones: Adora!
inclinamos piadosos las cervices. Y

donde dijo: Arrodillate y rezal do-
blamos las rodillas, Venite adoremus,
clamábamos, en el umbral de la Historia,
a las sombras empalidecidas de los dioses
difuntos. Y el pedestal de todos los ídolos,
y las peanas de todos los íconos, supieron
de nuestros óseos.

Mas, la voz áurea de los nuevos
clarines anuncia, amigos, el santo ad-
venimiento de otros días. Heme de
retorno del Archipiélago que recorri
en la trirreme del orfebre de Los Trofeos;
de retorno de la Hélade a q' guíome el
marmóreo Leonte; del país de los arrozales
y los yamenes que visité con Teophile,
"mago perfecto de las Letras"; de la Thulé
brumosa, poblada de ligeras sombras
de almas, a do fui en el yath ligero
del sibilino Stephane de la Herodiade;
del Versalles dieciochesco del galante
satánida, nuestro padre Ver-laine.....

Y tienen mis labios el sabor amargo
de las heces de todos los vinos y el Hada
Curiosidad ya no me sonrie tentadora;
porque llevo el alma triste del fin de
todas las fiestas carnales.

Pero hay, Hermanos, una divina
aventura que tentar ..

Os hablo en nombre del ancho azul
que auspicia nuestros alados sueños;
en nombre de nuestras selvas, donde
florece el Prodigio y de nuestros bosques,
en continuo parto de maravillas; en nombre
de nuestros ríos que ciñen plateados
anillos al dorso del Colombian Continente;
en nombre de las espesuras fragantes
que respiran aromas tan intensos que son
un placer doloroso para los sentidos
exasperados; en nombre de los nidos
musicales en que los pájaros se columpian
tal un ramillete de trinos, en nombre
del Cotopaxi, mirador de los Andes, y del
Chimborazo, que sintió en la testa nivea el
pie del sublime Simón, Padre de Naciones;
y del Pichincha, donde la espada fulgida
del Héroe escribió, con la sangre de un
efebó mártir, la última página de la
liada Libertadora.

Nuestro pasado es Palenke, Utiatán,
Imbaya y la antigua Quito. Bolívar
supera mil veces al deiforme Aquiles;
Sucre es más que el raptor de Helena;
Calderón vale Ayax ..

No es el Taigeto más bello que el
monte patrio, cuya elegancia gótica se
yergue como un Altar de la enorme
basílica de mármol niveo de los Andes;
ni la vetusta pirámide de Cheops tiene
mayor prestigio de belleza que aquel
inmenso Cotopaxi, monstruoso diamante
pulido en cono por un celeste artífice;
ni eres—oh, Ganges, estremecido por los
avatares de las viejas razas, de las oscuras
teogonías!—lo que nuestro armonioso
río oriental, ese místico Amazonas que
se encrespa sobre triclino de oro, como
el azteca emperador en su lecho flamígero.

Nuestros son las venusinas palomas,
los cóndores de acerado pico y garra
corva y el águila emblemática, golada
de armijo, que asciende en ansias de
abanicar al sol; nuestros los elásticos
tigres de no menos gracia flexible que
los que siguieron al carro de Baco, en
su retorno de las Indias, en los mitológicos
desfiles dio-

AZ UL

Eres una mentira con los ojos azules.....

Guillermo Valencia.

Tienes todo el azul de la mentira
de una continuación de primaveras
en la profundidad de tus ojeras,
en las que ni una lágrima se mira.

Azulas la tristeza de mi vida
o la ilusión romántica que pones,
almitivo de tus oraciones
sobre la roja sangre de mi herida.

Y se azul el ambiente en la alameda
con tus palabras rítmicas de seda.....
y por las levedades de tu encaje,

en la penumbra de la tarde mustia,
se ha desmayado, como flor de angustia,
todo el azul de tu divino traje.

J. J. PINO de ICAZA.

nisíacos; y los esbeltos corceles de
piel coruscante y aligero galope; y las
mariposas, miniaturas del iris, con
toda la gama cromática temblan-
doles en el peluche, espolvoreado de
sol o brillante de luna, de sus alitas
frágiles.

Que el sol de América desvanezca
en una estufación de incoloras nubes,
los pálidos fantasmas del cortejo de
los pretéritos siglos. Y sea el nuestro
el idioma divino del eterno Dolor,
del Amor eterno.

Y cantemos nuestros cielos, más
pródigos de astros, más millonarios
de constelaciones que los lejanos cie-
los nórdicos; nuestro sol, que es más
sol que los empalidecidos astros de
las islas de las heladas brumas;
nuestros árboles, cuyas frondas som-
brearon los consejos de las tribus en

la infancia del Continente; nuestros
árboles, enormes lirás que pulsa el
Beethoven iracundo del huracán, el
suspiroso Chopin del viento del ere-
púsculo, o el susurrante Schumann de
la brisa de la mañana. Cantemos—
rapsodas y liradas—las hazañas de
aquellos que fatigaron a las alas de la
Victoria y para cuya grandeza es pau-
pérrimo el bravo idioma de Castilla,
este prócer idioma, sonoro como el
rebote de las lanzas en los escudos
bronceados de los Conquistadores.

Cantemos la faz rosada de nuestra
Aurora y el rostro dulcísimo, velado
por una tristeza inominable, de
nuestro Crepúsculo; y el Mediodía
en que el éter vibrante hace un
halo de oro a cada cosa; y nuestra
Noche, nubia reina que a-
rrastra, por las salas del infinito, su

larga túnica bordada de perlas y dia-
mantes.

Cantemos las rntas desconocidas
del Futuro; cantemos al Futuro, in-
tauto vientre en que se incuban los
brillantes destinos por venir.

Y bajo el azul baldaguino en que
escriben los astros su pitagórico abe-
cedario de signos luminosos, resuena
la sonora orquesta, que canta la es-
pléndida apoteosis de la Raza hija
del sol, de los antiguos Capitanes pro-
genitores de la Libertad del Conti-
nente, de los artistas, de los profetas,
de los vidantes de los m á r t i r e s,
de los conductores de pueblos y los
cazadores de hombres: de Calderón,
de Olmedo, de Rocafuerte, de Llona
y de Montalvo!

(De Patria)

Medardo Angel SILVA

POEMAS

Cuando, por la noche, acude sola
a mi cita de amor, los pájaros emu-
decen, no sopla el viento, las casas a
ambos lados de la calle permanecen
silenciosas.

Son mis ajorcas las que hacen rui-
dos a cada paso... y tengo vergüen-
za.

Cuando me siento al balcón y es-
cacho sus pasos, no crujen las hojas
de los árboles y el agua permanece
inmóvil en el río, como el sable en
la rodilla de un centinela que duerme.

Es mi corazón que late brutalmen-
te.

Yo no sé cómo aquietarlo.

Cuando llega mi amada y a mi la-
do se sienta; cuando mi cuerpo tiem-
bla y mis párpados descienden... se
oscurece la noche, apaga el viento la
lámpara y las nubes recorren velos
sobre las estrellas.

Es la joya que en mi propio pecho
brilla y alumbra.

Yo no sé cómo ocultarla.

Ven como estás: no pierdas tiem-
po en adornarte.

Si tus trenzas se han aflojado; si
la línea que divide tu cabello no es-
tá derecha; si las cintas de tu túnica
no están atadas: no importa.

Ven como estás; no pierdas tiempo
en adornarte.

Ven sobre el césped con pasos rá-
pidos.

Si se aflojan sobre tus pies los aros
de campanillas; si de tu collar caen
perlas: no importa.

Ven sobre el césped con pasos rá-
pidos.

¿ Ves las nubes que envuelven al
cielo?

Bandadas de grullas se levantan,
desde la lejana orilla del río y el
viento, en caprichosos giros, sopla
sobre la resolana.

Corre el ganado ansioso hacia sus
rediles del pueblo.

¿ Ves las nubes que envuelven al
cielo?

En vano enciendes tu lámpara de
tocador: aletea y se apaga con el
viento.

¿ Quién llegará a saber que tus pes-
tañas no han sido retocadas con
negro de humo? Tus ojos son más
negros que tormentosa nube.

Ven como estás: no pierdas tiem-
po en adornarte.

Si la guirnalda no está tejida, ¿a
quién le importa tal cosa!

Si el brazalete no ha sido abrocha-
do... déjalo.

Las nubes han oscurecido el cielo:
es tarde.

Ven como estás: no pierdas tiem-
po en adornarte.

Rabindranath TAGORE.

ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ

En la actual Literatura de México, tan
plébrica de fuertes personalidades líricas,
representa el puro ensueño en la estrofa
perfecta, el arte del poeta emotivo en el
artificio pulcrísimo de la cicucelar bellas
obras.

Lo artificioso, lo banal, lo puramente
sonoro y hueco de ideas, el ex-
clusivo culto de la imagen, brillante y
vacía, no son de este mediano, tan
lleno de comprensión y sabiduría ante
el espectáculo del mundo: su acen-
to es hondo, claro y puro; su verso,
de límpida resonancia, en musical
lenguaje, una melancolía, un pensamien-
to cargado de emoción, una visión
optimista o un consejo henchido de la
tranquila sabiduría del gran poeta de
Les Rubaiyat's.

González Martínez es un maestro deli-
cioso, sin la enfática entonación
y el doctoral tono del vocablo.

Mañana los poetas...

Mañana los poetas cantarán un divino
verso que no logramos entonar los de hoy;
nuevas constelaciones darán otro destino
a sus almas inquietas con un nuevo temblor.

Mañana los poetas seguirán su camino,
absortos en ignota y extraña floración,
y, al oír nuestro canto, con desdén
repentino, echarán a los vientos nuestra
vieja ilusión.

Y todo será inútil, y todo será en vano;
será el afán de siempre y el idéntico
arcano y la misma tiniebla dentro del
corazón.

Y ante la eterna somnra que surge y se
retira, recogerán del polvo la abandonada
lira y cantarán con ella nuestra misma
canción.

Enrique González Martínez